

A VIDA O MUERTE



Isami era un famoso guerrero japonés, reconocido por su valor y su lealtad. Tanto ardor ponía en el ejercicio de su profesión que el espíritu guerrero invadió toda su vida. La desconfianza fue minando sus relaciones, su valor le dio un corazón engreído, resolvía sus conflictos por la fuerza y era violento en su hogar. Al final llegó a una triste conclusión: se había vuelto incapaz de amar.

Cansado de esta situación acudió al bosque para pedir ayuda a un famoso anacoreta de nombre Gensai. Lo encontró en su choza trabajando. Su cuerpo era menudo, sus carnes prietas, sus movimientos seguros y ligeros. Cuando pudo mirar su cara, su mirada mostraba bondad y sabiduría.

- ¿Qué deseas? –le dijo adelantándose.

Isami se inclinó:

- ¡Maestro! Acudo a ti porque sé que eres sabio y prudente. Mi vida lleva demasiado tiempo al servicio de la espada y en mi corazón sólo anidan la violencia, la presunción y la desconfianza. Al mirarte, siento un enorme deseo de alcanzar la serenidad y la belleza de tu rostro. Quiero que me enseñes.

- Debes recorrer el sendero de la meditación –contestó Gensai-. Así se adquiere la mirada profunda, la que contempla la belleza más allá de las apariencias. Descubre la importancia de asentarse, respirar y acallar la mente.

Isami estuvo algunas semanas iniciándose en la meditación y, cuando empezó a manejarse con alguna soltura, regresó a su vida ordinaria. A los pocos meses, la compostura y el orden que había aprendido desapareció y los sentimientos irascibles entraron de nuevo en su corazón. Se sintió decepcionado y se comportó violento como nunca lo había sido. Así que decidió volver a pedir ayuda a Gensai. Lo encontró meditando.

- ¡Querido maestro! Intenté aplicar tus lecciones de meditación, pero mi corazón no ha cambiado. Desconfío de los demás, no puedo

acercarme a las personas que me rodean; es más, no dejo que mi familia me dé muestras de cariño. Creo que ni yo mismo me quiero. Pero, ¿cómo se puede vivir sin amar?

El ermitaño lo acogió como discípulo durante un tiempo. Ahora le transmitió el arte de mantener la serenidad en el corazón y de poner freno a deseos y pasiones. A las pocas semanas volvió a su casa y durante un tiempo practicó lo aprendido. Pero su corazón seguía agobiado y era incapaz de aceptar la realidad. Es más. Ahora era consciente de las ataduras de su espíritu y sufría enormemente por no ser como quería. Se lamentó de haber decidido un día pedir ayuda al maestro y añoró la ignorancia del valiente samurái. Así que decidido, se levantó y acudió al monje para presentarle sus reproches:

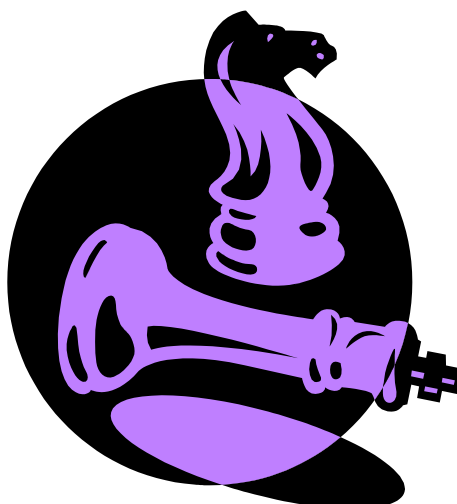
- ¡De nada me sirvió tu sabiduría! ¡Tu vida no es la vida de los hombres! ¡No me has enseñado a amar! ¡Me siento engañado! ¡Tenías que haberme avisado!

Gensai escuchó con inmensa paciencia sus descalificaciones y alargando la mano, sacó de un cajón un juego de ajedrez. Sonriendo, pero con mirada firme, dijo a Isami:

- Siéntate. Esto lo dilucidaremos con una partida de ajedrez, una partida definitiva, a vida o muerte. Quien gane cortará la cabeza al que pierda.

Isami, movido por la rabia, y lleno de sí mismo aceptó. Se sentó frente al monje y colocó la espada junto al tablero. Ambos se volcaron sobre el tablero y comenzó la partida.

El guerrero estaba excitado. Sus movimientos eran rápidos. El monje, sereno, pensaba con tiempo la siguiente jugada. En doce movimientos la reina del guerrero estaba a punto de caer y el rey quedaría expuesto sin su ayuda. Las gotas de sudor comenzaron a rodar por su frente. Isami sentía el filo del acero en su cuello y sintió miedo, mucho miedo. Por primera vez decidió pararse. Tomó conciencia de su respiración. Entonces se dio cuenta de la velocidad con la que estaba pensando y que todo lo que pasaba por su cabeza era fruto del miedo. Entonces se dijo: "Isami, concéntrate en jugar. Lo demás, ahora no importa". Se concentró en las fichas que quedaban y, por primera vez, sintió que estaba



realmente presente a la partida. Vio cómo poner a salvo a la reina y proteger al rey. En pocas jugadas gozaba de una posición favorable. Esperó hasta que el monje cometiera un error... Y éste llegó:

- ¡Jaque mate! ¡Has perdido!

Agarró la figura del rey de su adversario para tirarla sobre el tablero. Entonces se cruzó con la mirada del monje. Seguía tan sereno como siempre. "Es un valiente", pensó. "¿Cómo voy a levantar mi mano contra él? Estoy seguro de que me habría ganado si hubiera querido. Cuando me atenazaba el miedo estaba en sus manos... ¡pero no lo hizo!". Entonces dejó caer suavemente la ficha sobre las demás y cayó derrumbado.

Entonces Gensai tiró el tablero al suelo y le dijo:

- Primero hay que vencer el miedo; después aprenderás a amar. ¿Lo has entendido?

Isami asintió y, agradecido, rompió a llorar. Sintió que su corazón se liberaba de una carga y que estaba dispuesto a amar.

Para reflexionar

- Ponte en el lugar del guerrero... Descubre esos propósitos de tu vida en los que no avanzas, con los que te chocas una y otra vez... Enuméralos... Y pregúntate:
 - ¿Qué miedo hay por debajo?
- Acompaña al guerrero en la partida de ajedrez y aplícalo en tu vida.

**PRIMERO HAY QUE VENCER EL MIEDO,
LUEGO APRENDERÁS A AMAR.**

